

paso ordinario, al paso ordinario, soldados!
 » Y llevándose consigo aquella valerosa y
 desafortunada tropa y varios heridos suyos
 por medio de una lluvia de balas y metralla,
 se retiró despacio de aquel campo de car-
 nicería, como de un campo de egercicio.

 CAPITULO VI.

Luego que Mortier hubo dejado Kras-
 noe entre sí y Beningsen, se halló en
 salvo. El enemigo solo cortaba el inter-
 medio de aquella ciudad á Lyadi con el
 fuego de sus baterías, que coronaban el
 lado izquierdo del camino real. Las con-
 tuvieron en sus alturas Colbert y Latour-
 Maubourg. Notóse una rara casualidad en
 medio de aquella marcha. Una granada
 penetró en el cuerpo de un caballo, se
 reventó, y le hizo mil pedazos sin herir
 al jinete, que cayó en pie, y continuó
 andando.

El emperador sin embargo se habia pa-
 rado en Lyadi, á cuatro leguas del campo
 de batalla. Habiendo anochecido, supo
 que Mortier, que suponía á sus espal-
 das, le habia tomado la delantera. Napo-

leon se entristeció, púsose inquieto, y habiendo mandado venir al mariscal, le dijo con voz conmovida « que habia peleado sin duda gloriosamente, y habia sufrido mucho; pero ¿ porque dejaba á su emperador entre él y el enemigo? porque le exponia á ser cogido? »

Aquel mariscal se habia adelantado á Napoleón sin saberlo. Por lo que se explicó, y respondió « que habia dejado desde luego á Davoust en Krasnoe, ocupándose todavia de reunir sus tropas; que él se habia detenido no lejos de allí; pero que habiéndose replegado el primer cuerpo sobre el suyo, le obligó á retroceder. Que por lo demas, Kutusof se aprovechaba flojamente de su triunfo, y que segun visos no se habia presentado en nuestro flanco, sino para contemplar nuestra miseria y recoger nuestros destrozos. »

Se marchó al siguiente dia con vacilacion. Inpacientes los rezagados, tomaron la delantera; todos dejaron atrás á Napoleón; que iba a pie, con un baston en la

mano, andando con pena y repugnancia, y parándose á cada cuarto de hora, como si no lo fuera posible arrancarse de aquella antigua Rusia, cuyas fronteras iba dejando á sus espaldas, abandonando á su desventurado compañero de armas.

Se llegó por la tarde á Dombrowna, ciudad de madera, y poblada como Lyadi: nuevo espectáculo para aquel egército que no veia mas que ruinas tres meses hacia. Se estaba finalmente fuera de la antigua Rusia, fuera de aquellos desiertos de nieve y cenizas; se entraba en un pais habitado, amigo, y cuyo idioma se entendia. Al mismo tiempo se templó el cielo, comenzó la blandura, y se recibieron algunos viveres.

Así el invierno, los enemigos, la soledad, y aun los bivaques y el hambre para algunos, todo cesaba á un mismo tiempo; pero era ya muy tarde. El emperador veia destruido su egército; escapábase de su boca á cada momento el nombre de Ney con doloridas exclamaciones. En aquella

noche con especialidad le oyeron condolerse y exclamar « que la miseria de sus soldados le atravesaba el corazon , y sin embargo no le era posible socorrerlos sin fijarse en algun parage; pero en donde poder tomar descanso , sin municiones de boca y guerra , ni cañones? Carecia ya de suficientes fuerzas para detenerse ; por lo cual era menester llegar á Minsk cuanto antes fuera posible. »

Estaba hablando en esta forma , cuando acudió un oficial polaco con la noticia de que Minsk , aquel almacén , retirada y única esperanza de Napoleon , acababa de caer en poder de los Rusos. En ella habia entrado Tchitchakof el 16. Quedóse al principio Napoleon mudo y como absorto con este último reves ; y elevándose despues á proporcion de su peligro , repuso friamente : « Pues bien , no nos queda ya mas que abrirnos camino con nuestras bayonetas. »

Pero para alcanzar á este nuevo enemigo , que se habia libertado de Schwart-

zemberg ó que quizas Schwartzemberg habia dejado pasar , porque se ignoraba todo ; y para escaparse de Kutusof y Wittgenstein , era preciso atravesar el Beresina en Borizof : por cuya razon envió Napoleon inmediatamente (el 19 de noviembre , de Dombrowna) á Dombrowski la orden de no pensar ya en resistir á Hoertel , y de ocupar prontamente aquel paso. Escribió al duque de Reggio que marchara con celeridad hácia aquel mismo punto , y volara á conquistar Minsk ; pues el duque de Bellune cubriria su marcha. Expedidas estas órdenes , se aplacó su agitacion , y fatigado de sufrir su ánimo , se quedó rendido.

Estaba muy lejos todavía el amanecer , cuando un ruido singular sacó á Napoleon de su adormecimiento. Unos dicen que al principio se oyeron varios tiros , pero que se habian disparado por nuestra tropa para echar de las casas á los que se habian albergado en ellas , y ocupar su lugar ; otros pretenden que , por

un efecto del desorden muy frecuente en nuestros bivaques en que se daban muy recios gritos para llamarse, habiéndose proferido fuertemente en medio de un profundo silencio el nombre de *Hausanne*, de un granadero, se creyó oír el grito de alerta á *las armas*, que anuncia una sorpresa y el enemigo.

Sea lo que quiera de ello, todos oyeron ó creyeron ver inmediatamente á los Cosacos, y el estrépito marcial y espanto cercaron á Napoleón. Sin conmovirse este, dijo á Rapp: «marcha á ver; sin duda son algunos infelices Cosacos que estan enemistados con nuestro sueño!» Pero fué bien presto un completo alboroto de hombres que corrian para pelear ó huir, y que encontrándose en la obscuridad, se tomaban entre sí por enemigos.

Crejó por un momento Napoleón en un ataque formal. Una via de agua encajonada atravesaba el pueblo; y preguntó el emperador si la artillería que le quedaba, se hallaba colocada á espaldas de aquella

barranca. Habiéndole respondido que se habia omitido este cuidado, voló hácia el puente, y él mismo hizo pasar prontamente sus cañones á la otra parte de aquella angostura.

Volviendo despues á su antigua guardia, y parándose delante de cada batallon, les dijo: «Granaderos, nos retiramos sin que el enemigo nos haya vencido, no lo seamos por nosotros mismos! Demos egemplo al egército! Muchos de vosotros han abandonado ya sus águilas y aun sus armas. Para reprimir semejante desorden, no me dirigiré á las ordenanzas militares, sino á vosotros solos. Hacedos justicia entre vosotros mismos; yo confio vuestro honor á vuestra disciplina.»

Mandó arengar por el mismo estilo á sus demas tropas. Bastaron aquellas breves palabras para los antiguos granaderos que seguramente no las necesitaban. Los demas las recibieron con aclamaciones; pero se olvidaron de allí á un hora, luego que se pusieron de nuevo en marcha. En cuanto

á su retaguardia, que mas especialmente Napoleon culpaba de una tan viva alarma, mandó comunicar su indignacion á Davoust.

Se encontraron en Orcha copiosos repuestos de víveres, un tren de puente de sesenta barcas, con todos sus aparejos, que todos se quemaron, y treinta y seis cañones con sus correspondientes tiros, que se distribuyeron entre Davoust, Eugenio, y Manbourg

Volvieronse á ver allí por la primera vez algunos oficiales de gendarmas, encargados de detener en ambos puentes del Nieper la turba de rezagados, para obligarlos á reunirse con sus banderas. Pero se huía, como de unos siniestros presagios, de aquellas áquilas que lo prometian todo en otros tiempos.

El desorden tenia ya su especial arreglo; y en él se hallaban diversos sugetos, sumamente hábiles en la materia. Amontonóse un inmenso gentío, y no tardaron en gritar algunos desastrados: «Aquí estan

los Cosacos.» Llevaban la mira de precipitar la marcha de los que los precedian, y aumentar el alboroto; y se aprovechaban de ello para quitar los víveres, y las capas de los que no estaban sobre sí.

Atemorizados con tan extrémada confusion, los gendarmes que veian por la primera vez aquel ejército despues de su desastre, se desalentaron. Penetróse tumultuariamente en aquel pais aliado; el cual se hubiera visto entregado á un saqueo sin la guardia, y algunos centenares de hombres que le quedaban al príncipe Eugenio.

Entró Napoleon en Orcha con seis mil guardias, ¡reliquias de treinta y cinco mil! Eugenio con mil ochocientos soldados, ¡reliquias de cuarenta y dos mil! Davoust con cuatro mil combatientes, ¡reliquias de setenta mil!

Este mariscal mismo lo habia perdido todo; se hallaba sin ropa blanca y extenuado de hambre. Se echó sobre un pan que un compañero suyo de armas le dió,

y le devoró. También le dieron un pañuelo, para que se limpiara el rostro cubierto de escarcha. Davoust exclamaba : « que unicamente hombres de bronce eran capaces de sobrellevar semejantes pruebas ; que el resistirlas, era una cosa materialmente imposible ; que las fuerzas humanas tenían sus límites, y que se habia ido mas allá de todos ellos. »

Este mariscal habia sostenido el primero la retirada hasta Viazma. Le veian todavía, segun su costumbre, detenerse en todos los desfiladeros, y permanecer allí el posterior de su cuerpo de ejército, despachando á todos hácia sus filas, y luchando de continuo contra el desorden. Incitaba á sus soldados, para insultar y despojar del botin á aquellos camaradas suyos que arrojaban las armas : único arbitrio para retener á los unos y castigar á los otros. No obstante esto, acusaron á su genio metódico y rígido, tan intempestivo en medio de aquella universal confusion, de haberla extrañado en exceso.

Tentó en balde el emperador desterrar aquel desaliento. A sus solas, le oian con dolerse de los trabajos de sus soldados ; pero, por afuera, queria manifestarse inexorable sobre este punto. Mandó pues proclamar : « que todos se volviesen á sus filas, y que de lo contrario daria orden para quitar á los gefes sus grados, y á los soldados la vida. »

No produjo esta amenaza buenos ni malos efectos en unos hombres que se habian hecho insensibles ó desesperados, que no huian del peligro, sino de los trabajos, y que temian menos la muerte con que les amenazaban que la vida cual se la ofrecian.

Pero la confianza de Napoleon tomaba incremento con el peligro, á su entender, y en medio de unos desiertos de cieno y de hielo, aquel puñado de hombres era siempre el ejército grande, y ; él mismo, el conquistador de la Europa ! Y no habia obcecacion ninguna en semejante firmeza : de lo cual nos cercioramos, cuando en

aquel pueblo mismo, le vimos quemar con sus propias manos cuantos efectos suyos podian servir de trofeos al enemigo, si quedaba rendido.

Allí se consumieron por desgracia cuantos papeles habia juntado Napoleon para escribir la historia de su vida; porque este habia sido su proyecto al partir para aquella fatal guerra. Estaba resuelto entonces á detenerse vencedor y amenazador en aquel Dūna, en aquel Borístenes, que vuelve á ver hoy dia fugitivo y desarmado. El fastidio de seis meses de invierno, que le hubiera retenido en aquellos rios, le parecia entonces su mayor enemigo; y para desecharlo, hubiera dictado allí este nuevo César sus comentarios.

CAPITULO VII.

Sin embargo, todo estaba mudado; le cortaban dos egércitos enemigos la retirada. Se trataba de saber por medio de qual de ellos tentaria abrirse camino; y como le eran desconocidos aquellos montes de la Lituania en que iba á internarse, llamó á los que entre los suyos los habian atravesado para llegar hasta su presencia.

Comenzó el emperador, diciéndoles, « que el mucho hábito de los triunfos extraordinarios era con frecuencia un anuncio seguro de reveses extraordinarios, pero que no se trataba de recriminar. » Habló despues sobre la toma de Minsk, y confesando la habilidad de las perseverantes maniobras de Kutusof sobre su flanco derecho, declaró, « que queria abandonar su línea de operacion sobre Minsk, incorpo-

rarse con los duques de Bellune y Regio, aterrar á Wittgenstein, y llegar á Vilna dando vuelta al Beresina por sus fuentes. »

Jomini refutó semejante proyecto. Este general suizo alegó la posicion de Wittgenstein en unos largos desfiladeros; en los cuales su resistencia podria ser obstinada ó floja, pero suficientemente dilatada para consumir nuestra ruina. Añadió que una mudanza de camino, en aquella estacion y en medio de tanto desorden, acabaria de destruir el egército, el cual se extravaria en aquellos atajos, y en el corazon de unas selvas estériles y pantanosas; y sostuvo que unicamente el camino real podia conservar alguna union en las tropas, Borizof, y su puente del Beresina estaban libres todavía; y bastaria llegar allá

Afirmó entonces que le era conocida la existencia de un camino, que á la derecha de aquel pueblo, se eleva sobre puentes de madera por medio de las lagunas de la Lituania. Era en su concepto el único camino que podia conducir el egército á

Vilna, por Zemin y Molodetchno, dejando á la izquierda Minsk, su camino mas largo de una jornada, los cincuenta puentes rotos que le hacen intransitable, y Tchitchakof que le ocupaba. De este modo se pasaria entre los dos egércitos enemigos, sin encontrarse con ninguno de ambos.

Hizo esto mucha fuerza al emperador; pero como repugnaba á su arrogancia el evitar una batalla, y no queria salir de la Rusia sino con una victoria, llamó á Dode, general de ingenieros. Desde lo mas lejos que alcanzó á verle, le grito: « que se trataba de huir por Zemin ó de ir á triunfar de Wittgenstein hácia Smoliany; » y sabiendo que Dode acababa de llegar de aquella posicion, le preguntó si se podia atacar.

Dode respondió que Wittgenstein ocupaba allí una altura que dominaba sobre todo aquel distrito cenagoso; que seria preciso caracolear en presencia y á tiro del enemigo, siguiendo las vueltas y revueltas que formaba el camino, para ele-

vase hasta el campo de los Rusos; que así nuestra columna de ataque permanecería expuesta por mucho tiempo á sus fuegos, al principio en su flanco izquierdo, y después en el derecho; que aquella posición era pues inaccesible por el frente; y que para darle la vuelta, sería necesario retroceder hasta Vitepsk, y hacer un larguísimo rodeo.

Vencido entonces Napoleon en aquella última esperanza de gloria, se decidió por Borizof. Mandó que el general Eblé fuese con ocho compañías de zapadores y pontoneros, á asegurar su paso por el Beresina, y que Jomini le sirviera de guía. Pero fué diciendo « que era cosa cruel retirarse sin pelear, y aparentar que se huía; Porqué carace de almacenes y puntos de apoyo, que le permitan detenerse, y hacer ver todavía á la Europa que sabe siempre pelear y vencer? »

Se habían desvanecido todas sus ilusiones. Mas bien supo que vió su desastre en Smolensko, en donde había llegado y sa-

lido el primero; en Krasnoe, en donde se habían desarrollado sucesivamente á su vista nuestras miserias, había servido de distracción el peligro, pero en Orcha pudo contemplar simultánea y descansadamente sus infortunios por entero.

En Smolensko quedaban todavía treinta y seis mil combatientes, ciento y cincuenta cañones, el tesoro, la esperanza de vivir y respirar á la otra parte del Beresina; pero aquí había apenas diez mil soldados casi desnudos, descalzos, embarazados con una muchedumbre de moribundos, algunos cañones, y un tesoro saqueado.

Se había agravado todo en el espacio de cinco días; la destrucción y el desareglo habían hecho espantosos progresos; Minsk se hallaba en poder del enemigo. No hallaría ya Napoleon el reposo y abundancia mas allá del Beresina, sino nuevas peleas que trabar contra un nuevo ejército. Últimamente, parecía haberse declarado ya la deserción del Austria, la cual era quizás una señal dada á toda la Europa.

Aun ignoraba Napoleon si podría verse amenazado en Borizof, del nuevo peligro que las vacilaciones de Schwartzemberg parecían haberle preparado. Se ha visto que un tercer ejército ruso, el de Wittgenstein, amenazaba por su derecha el intervalo que le separaba de aquella ciudad; y que el emperador le había opuesto el duque de Bellune, mandando á este mariscal que recuperase la ocasion malograda el 1º de noviembre, y volviese á tomar la ofensiva.

Victor había obedecido; y el 14, el mismo dia en que Napoleon había salido de Smolensko, este mariscal y el duque de Reggio habían conseguido que los primeros puestos de Wittgenstein se replegasen hácia Smoliany, preparando con aquella accion una batalla que ambos habían acordado en el siguiente dia.

Los Franceses eran treinta mil contra cuarenta mil. Había allí, como en Viazma, suficientes soldados, sino hubiera habido demasiados gefes.

Sus mariscales se entendieron mal. Quería maniobrar Victor hácia el ala izquierda enemiga, y extenderse con los dos cuerpos franceses sobre Wittgenstein, marchando por Botscheikowo hácia Kamen, y de Kamen, por Pouichna, hácia Beresino. Oudinot desaprobó este plan con aspereza, diciendo que esto sería separarse del ejército grande, que nos llamaba á su socorro.

Así, queriendo maniobrar uno de los gefes, y acometer de frente el otro, no se hizo ninguna de ambas cosas. Oudinot se retiró durante la noche á Czereya, y hechando de ver Victor aquella retirada al amanecer, se vió precisado á seguirla.

No se detuvo mas que á una jornada del Lukolm hácia Senno, en donde Wittgenstein le inquietó poco, pero el duque de Reggio últimamente iba á recibir la orden fecha en Dombrowna, que le dirigia hácia Minsk, y Victor iba á quedarse solo al frente del general Ruso. Podía suceder que este último reconociese su superioridad entonces; y el emperador

en Orcha, en donde vé el 20 de noviembre perdida su retaguardia, amenazado su flanco derecho por Kutusof, y detenida su cabeza de columna en el Beresina por el ejército de Volhinia: sabe que Wittgenstein y otros cuarenta mil enemigos, bien lejos de estar derrotados y rechazados, se hallan dispuestos á caer sobre su derecha, y que le es necesario darse prisa.

Pero Napoleon se resolvió muy despacio á dejar el Boristenes: le pareció que seria abandonar otra vez al desventurado Ney, y renunciar á aquel compañero de armas para siempre. Allí, como en Lyadi y Dombrowna, á cada instante del dia y noche, llamaba y enviaba á preguntar si se tenia alguna noticia de aquel mariscal, pero no se traslucia nada sobre su existencia por medio del ejército ruso. Duraba aquel silencio de muerte, hacia ya cuatro dias, y el emperador esperaba siempre sin embargo.

Obligado finalmente á salir de Orcha

el 20 de noviembre, dejó allí todavía á Eugenio, Mortier y Davoust, y se detuvo á dos leguas de aquel pueblo, preguntando por Ney, esperándole siempre. Se advertia igual sentimiento por todo el ejército, cuyas reliquias se encerraban entonces en Orcha. Luego que los mas urgentes cuidados hubieron dejado un instante de reposo, todos los pensamientos, todas las miradas se dirigieron hácia la orilla rusa: se escuchaba si algun ruido bélico anunciaria la llegada de Ney, ó por mejor decir, sus últimos suspiros. ¡ Pero no se veian mas que enemigos, que amenazaban ya los puentes del Boristenes! Uno de los tres gefes quiso destruirlos entonces, á lo que se opusieron los otros. Hubiera sido separarse todavía mas de sus compañeros de armas, confesar que desesperaban de salvarles, y consternados con tan sumo infortunio, no podian resignarse.

Acabóse finalmente con aquel cuarto

dia la esperanza, y no trajo la noche mas que un fatigoso reposo. Le acusaban de la desgracia de Ney, como si hubiera habido posibilidad para esperar por mas tiempo al tercer cuerpo en los llanos de Krasnoe, en donde hubiera sido necesario pelear veinte y ocho horas mas; cuando no quedaban fuerzas ni municiones, mas que para una sola.

Como acaece en todas las pérdidas crueles, se paraba ya toda la consideracion en los recuerdos. Davoust, se habia apartado el postrero del desventurado mariscal, y le preguntaban Mortier y el virey, cuales habian sido sus últimas palabras. Habia querido Ney, desde los primeros cañonazos disparados contra Napoleon en el 15, que se evacuase Smolensko á continuacion del virey, á lo que se opusó Davoust obgetando las órdenes imperiales, y la obligacion de destruir las murallas de la ciudad. Ambos gefes se habian irritado; y perseverando Davoust

en quedarse hasta el siguiente dia, se habia visto obligado á esperarle Ney, encargado de cerrar la marcha.

Es verdad que Davoust habia mandado darle aviso de su peligro en el 16, pero Ney entonces, sea que hubiese mudado de parecer, sea irritacion contra su compañero, envió á responderle, « que todos los Cosacos del mundo entero, no le impedirian llevar á egecucion sus instrucciones. »

Agotados estos recuerdos y todas las congeturas, se caia de nuevo en una mas triste taciturnidad, cuando se oyeron de repente las pisadas de algunos caballos, y despues este regocijado grito: « Está salvado el mariscal Ney, vuelve á parecer; hé aquí unos soldados polacos de caballería que lo anuncian. » Acudia efectivamente un oficial suyo, el cual dijo que el mariscal se adelantaba por la orilla derecha del Boristenes, y que pedia socorro.

Estaba anocheciendo ; Davoust, Eugenio y el duque de Treviso, no tenían mas que la breve duracion de la noche para avivar y reformar á sus soldados, hasta entonces siempre en los bivaques. Era la primera vez que aquellos infelices habian recibido suficientes víveres desde Moscou ; iban á prepararlos y descansar calientes y abrigados : ¿ como hacerles tomar de nuevo las armas y arrancarlos de sus refugios durante aquella noche de reposo , de cuya indecible dulzura comienzan á gozar ya ? ¿ Quién les persuadirá que les interrumpan para volverse atrás, y meterse otra vez en las tinieblas y hielos de la Rusia ?

Disputaron Eugenio y Mortier entre sí este sacrificio ; y solo salió triunfante el primero , alegando su suprema clase. Los albergues y distribuciones produjeron lo que las amenazas no habian podido conseguir : se reunieron los rezagados. Eugenio volvió á hallar cuatro

mil hombres ; todos marcharon al oír el peligro de Ney, però fué su último esfuerzo.

Se adelantaron á oscuras por caminos desconocidos , y anduvieron á la aventura dos leguas, deteniéndose á cada paso para escuchar. La angustia tomaba ya incremento : ¿ se habian extraviado ! ¿ era acaso muy tarde ! ¿ se habian rendido sus desgraciados compañeros ! ¿ iban á encontrarse con el egército ruso triunfante ! En un estado de semejante incertidumbre, mandó tirar el príncipe Eugenio algunos cañonazos. Pareció oír entonces señales de apuro en aquel mar de nieve ; eran los del tercer cuerpo que , careciendo ya de artillería, respondian á la del cuarto con fuegos de pelotones.

Ambos cuerpos se dirigieron inmediatamente uno hácia otro. Los primeros que se descubrieron , fueron Ney y Eugenio ; volaron, Eugenio mas precipitadamente, y se echaron en los brazos el uno del otro. Eugenio lloraba, y á Ney

se le soltaban expresiones de cólera. El uno feliz, enternecido, exaltado con el heroísmo belicoso que su noble accion acababa de recoger; el otro, muy acalorado todavía con la refriega, irritado de los peligros que la gloria del egército habia corrido en su persona, y atribuyéndolo á Davoust, al cual acusaba sin fundamento de haberle abandonado.

Cuando este de allí á unas horas quiso disculparse, no pudo sacar de él mas que una sañuda mirada, y estas palabras: «Yo, señor mariscal, no le hago á Vmd. cargo ninguno: ¡Dios nos vé y le juzga á Vmd!»

Sin embargo, luego que ambos cuerpos se hubieron reconocido, no guardaron ya el orden de sus filas. Soldados, generales, oficiales, todos corrieron los unos al encuentro de los otros. Los de Eugenio apretaban las manos á los de Ney, tocándolas con un gozo mezclado de asombro y curiosidad, y apretándolas en su seno con una cordial piedad. Dié-

ronles profusamente los viveres y aguardiente que ellos acababan de recibir, y los abrumaban con preguntas. Marcharon todos juntos despues hácia Orcha; todos impacientes, los de Eugenio de oír, los de Ney de contar.